

Hermenéutica simbólica y posibilidades significantes de la hibridez arquetípica

Luis Javier Hernández Carmona¹

Recibido: 07-05-2023

Aceptado: 14-06-2023

Resumen

En las complejas dimensiones del símbolo y sus posibilidades significantes, existen diversos enfoques o mecanismos argumentales orientados hacia la constitución de vías de acceso a las diversas alternativas de significación, a derivarse de las claves cifradas que estructuran los universos simbólicos, conformados mediante una dinámica a involucrar factores enunciativos profundamente heterogéneos, para de esta forma, ampliar los recursos interpretativos hacia horizontes cada vez más amplios y complementarios del antecedente simbólico, su etiología y sostenimiento en el tiempo y el espacio. De allí la importancia de proponer formas de situar lo comprendido al momento de hacer análisis que ameriten la mediación simbólica como elemento determinante. En este sentido, surge la hermenéutica simbólica a modo de recurso teórico-metodológico para intervenir estructuras enunciativas desde el punto de vista semiótico. Es un enfoque transdisciplinario, soportado fundamentalmente por las concepciones de Carl Jung, Hans-George Gadamer, Mircea Eliade y Ernest Cassirer, sobre los valores etiológicos del símbolo envuelto en lógicas de sentido a proveer los insumos necesarios para su interpretación dentro de tres variables concretas: hecho narrativo, acontecimiento refigurado y aproximación significativa, y sus consiguientes órdenes aleatorios determinados por lo sociohistórico, contextual, patémico y existencial.

Palabras clave: hermenéutica, símbolo, sentido, argumentabilidad, refiguración.

Symbolic hermeneutics and significant possibilities of archetypal hybridity

abstrac

In the complex dimensions of the symbol and its signifying possibilities, there are various approaches or argumentative mechanisms oriented towards the constitution of access routes to the various alternatives of signification, to be derived from the encrypted keys that structure the symbolic universes, formed by means of a dynamic to involve

¹ ULA-LISYL-Venezuela. <https://orcid.org/0000-0002-7405-4939>

deeply heterogeneous enunciative factors, in order to broaden the interpretive resources towards increasingly broad and complementary horizons of the symbolic antecedent, its etiology and support in time and space. Hence the importance of proposing ways of situating what is understood at the time of analysis that merit symbolic mediation as a determining element. In this sense, symbolic hermeneutics arises as a theoretical-methodological resource to intervene enunciative structures from the semiotic point of view. It is a transdisciplinary approach, fundamentally supported by the conceptions of Carl Jung, Hans-George Gadamer, Mircea Eliade and Ernest Cassirer, on the etiological values of the symbol wrapped in logics of meaning to provide the necessary inputs for its interpretation within three specific variables: narrative fact, refigured event and significant approximation, and their consequent random orders determined by the sociohistorical, contextual, pathemic and existential.

Keywords: hermeneutics, symbol, meaning, argumentability, refiguration..

Hacia una etiología simbólica

Etimológicamente, la palabra símbolo deriva del latín *symbolum* y, este a su vez, del griego σύμβολον (*symbolon*), para significar en un principio: contraseña, luego, lanzar conjuntamente y reunir. O en la antigua Grecia, el resguardo de información confidencial a través de una tablilla de arcilla, dividida en varias piezas que guardaban por separado. En todo caso, queda latente la referencia de juntar para significar, armar para reconfigurar un mensaje en clave cifrada. Hoy día, la consideración de las expresiones gráficas o visuales a través de la cuales, puede identificarse una ‘cosa’ a determinarse mediante mecanismos de asociación referencial.

Estos mecanismos de asociación referencial hacen posible la configuración comunicativa del lenguaje en sus diversas expresiones y modalidades, así como representar acontecimientos que, a nivel semiótico, alcanzan dimensiones universales, tal es el caso de la iconografía judeocristiana y su incidencia en la historia de la humanidad. Pero en este aspecto, es imprescindible prestar singular atención al elemento etimológico de ‘juntar’, volver a unir, pues tiene una connotación fundamental para este enfoque, sobre la base de las dos mitades a juntarse para significar, el constante re-armar para encontrar el sentido en su mutualidad significativa².

2 Hago uso de esta expresión *mutualidad significativa*, siguiendo los preceptos de Paul Ricoeur desarrollados en su obra: *Parcours de la reconnaissance. Trois études* (2004), para destacar el arco de significaciones a establecerse en función de identificar una cosa, distinguirla de otras, mediante un reconocimiento de sí y del otro. En palabras de Ricoeur: “Nosotros hemos defendido la idea de una mutualidad ejercida ‘entre’ los protagonistas del intercambio contra su reducción a una figura de la reciprocidad en que la relación opera a un nivel trascendente por relación a las transacciones entre donadores y donatarios” (372). De esta manera, el intercambio significativo va más allá de lo específicamente literal-lingüístico, percibido o aparente, para incorporar la hermenéutica simbólica a modo de principio de reconocimiento entre el símbolo y el interpretante.) de esta forma surge una movilidad significativa a recurrir insistentemente a lo intrasubjetivo a manera de vinculante esencial de las relaciones de significación y, apropiación de los espacios referenciales a interactuar dentro de las estructuras enunciativas, mediadas por el protagonismo del intercambio.

La configuración de universos simbólicos a través de las dos mitades a juntarse en un momento determinado, es una constante en diversas ramas del conocimiento. Huelga decir su implicancia en la religión sobre la referencia de Adán y Eva; la transustanciación de la sangre en vino, o el cuerpo en pan, a constituir un mismo cuerpo en el ritual de la consagración cristiana. Puntualmente en *El banquete* de Platón, aparece expresada ña como cualidad sanadora de la naturaleza humana:

Así, pues, una vez que fue seccionada en dos la forma original, añorando cada uno su propia mitad se juntaba con ella y rodeándose con las manos y entrelazándose unos con otros, deseosos de unirse en una sola naturaleza, morían de hambre y de absoluta inacción, por no querer hacer nada separados unos de otros... Desde hace tanto tiempo, pues, es el amor de los unos a los otros innato en los hombres y restaurador de la antigua naturaleza, que intenta hacer uno solo de dos y sanar la naturaleza humana. Por tanto, cada uno de nosotros es un símbolo de hombre, al haber quedado seccionado en dos de uno solo, como los lenguados. Por esta razón, precisamente, cada uno está buscando siempre su propio símbolo (2000, p. 219-220).

De allí la asociación del símbolo con la noción de reunificar en la mismicidad alternante y diferenciadora, quien permite el entrelazamiento de múltiples potencialidades generadoras de sentido, en unidad significativa a irse renovando constantemente. A ser entes de transformación y encadenamiento referencial, tal es el caso del azufre y la sal³ como catalizadores de las transformaciones; o el poder de la llama de la vela y el reloj de arena: “dos objetos que expresan el tiempo del hombre en estilos completamente diferentes. La llama es un reloj de arena que corre hacia lo alto. Más liviana que la arena, que se desmorona, la llama construye su forma como si el tiempo mismo estuviera ocupado” (Bachelard, 1975, p. 29).

Dos temporalidades a juntarse en los predios imaginales del ensoñante, que une el conocimiento con los tinteros de quien reflexiona desde la transcendentalidad en busca del acople existencial, la junción vivificante; así:

Llama y reloj de arena expresan, en la medida apacible, la comunión del tiempo lento con el tiempo pesado. En mi sueño ellos dicen la comunión del tiempo del *ánima* con el tiempo del *animus*. Me gustaría soñar con el tiempo, con la duración que huye, si pudiera reunir en mi pieza imaginaria la vela y el reloj de arena (Ídem: 29-30).

Comunión, junción, las partes que vuelven para reencontrarse en los planos enunciativos, desde donde es posible nombrar el mundo por medio de mecanismos de transformación, que en la dimensión mística/mítica, alcanzan niveles de representatividad de indudable riqueza significativa

3 En la alquimia, el azufre y la sal son dos de los tres principios fundamentales, junto con el mercurio. Cada uno de estos principios representa diferentes aspectos de la materia y del proceso de transformación. El azufre está asociado con el principio activo, el fuego y el espíritu, mientras que la sal representa la estabilidad, la materia y la manifestación concreta. Estos alquímicos respetarán principios esenciales para lograr la transmutación de los metales y la búsqueda de la piedra filosofal, pero también pueden ser interpretados de manera simbólica, como representaciones de los aspectos espirituales y psicológicos del individuo en su camino de desarrollo y transformación.

impulsada por la hibridez arquetípica, esa dialéctica a generarse alrededor de patrones universales de pensamiento, comportamiento y símbolos que se consideran innatos y forman parte del inconsciente colectivo de la humanidad. Estos arquetipos representan imágenes primordiales y modelos simbólicos a influir en la psique y manifestarse en las experiencias, sueños y creaciones culturales.

Por lo que el híbrido arquetípico apunta hacia una fusión de diferentes arquetipos para dar lugar a un nuevo patrón o forma simbólica signada por la multiplicidad significante; a su vez, la generación de renovados patrones de conocimiento, refundación y resignificación de concepciones universales a particularizarse bajo especificidades argumentales. Tal es el caso del símbolo de la cruz en función de la cuadratura del círculo para representar la base de todas las referencialidades de la dimensión existencial del hombre, el vínculo imperecedero con el cosmos creador y la esencia espiritual.

De esta manera, representa un macro-referente a servir de base sustancial para el desencadenamiento significante y construcción de lógicas de sentido como formas alternativas de reformular, asimilar y reubicar la esencia simbólica en determinados espacios enunciativos, bajo la generación de nuevos contenidos a enriquecerse con esa dialéctica adaptativa de lo originario. Al consultar el *Diccionario de símbolos* de Cirlot, los criterios de junción en torno a la nomenclatura de la cruz, ratifican su consolidación mediante la relación de antagonismos complementarios a modo de vínculos significantes:

Consecuentemente, la cruz establece una relación primaria entre los dos mundos (terrestre y celeste), pero también a causa del neto travesaño que corta la línea vertical que corresponde a los citados significados (eje del mundo, símbolo del nivel) es una conjunción de contrarios, en las que se casan el principio espiritual y vertical con el orden de la manifestación y de la tierra; de ahí su transformación y sentido agónico de lucha y de instrumento de martirio (1991, p.154).

De vuelta a la junción como mecanismo estructurante de la consolidación simbólica, es preciso referir la determinación significante de la cruz en su simbolicidad⁴, esto es, en la generación de contenido referencial a consolidar estructuras enunciativas para derivarse en acción generadora de puntuales mecanismos de construcción simbólica; tal es el caso de la crucifixión a modo de resimbolización del hecho histórico sin alterar su contenido esencial, pero si convertirlo en analogía del tránsito de la vida hacia la muerte; el umbral de la salvación y llegada al destino predispuesto por la profecía. La crucifixión anexa al símbolo de la cruz, toda una escenografía para la trascendencia

4 Un claro ejemplo de esta simbolicidad está contenido en las diferentes acepciones iconográficas de la cruz, para destacar: la papal, bautismal, tau, Jerusalén, celta, latina, gamada, entre una infinidad de modelos generados a partir de diferentes aproximaciones argumentales y situaciones enunciativas muy particulares. Asimismo, en la iconografía mariana es palpable el entrecruzamiento arquetípico para desencadenar un complejo espacio semiótico a involucrar como isotopías estructurantes: lo humano, divino, maternal, místico, aunado a particularidades regionales a universalizarse con la práctica religiosa, tal es el caso de la virgen de Guadalupe en México, o la de Coromoto en Venezuela, solo por nombrar dos casos específicos.

representada por los personajes allí insertos (la madre del crucificado y la hermana de esta, María la de Cleofás, María Magdalena, el apóstol Juan, los ladrones), las palabras del crucificado, la burla de los centuriones y la consolidación del antecedente sónico-simbólico contenido en la noción de hijo de Dios y redentor de los hombres.

Sobre este aspecto, es preciso puntualizar que la aludida simbolicidad es el sostenimiento del símbolo en el tiempo y el espacio, constituye una especie de *atemporalidad* a garantizar su permanencia en el universo significativo a reconfigurarse con cada mirada/lectura, tal cual ocurre en las artes, las religiones y todos aquellos sistemas de representación aferrados a la simbolicidad a manera de principio esencial de expresión. Esta operatividad discursiva lleva a la creación de códigos imaginables a desafiar los preceptos racio-objetivistas de las reflexiones orientadas por la comprobación/causalidad científica. Además de entender el tiempo, a modo de estructurante esencial de la hibridez arquetípica, el tiempo narrativo o gran coadyuvante de la pluridimensionalidad a permitir que la atemporalidad fije los presentes enunciativos a manera de escenarios de la concreción de la simbolicidad.

Aún más, la simbolicidad permite la sobrevaloración del símbolo, pues su cadencia significativa otorga sentido y valor a los acontecimientos a partir de lo apercibido, más allá de lo expresamente aparente para que operen los procesos de transformación y regeneración de los arquetipos fundacionales. A partir de esta premisa, es de destacar la operacionalidad de las relaciones intra e intersubjetivas como eje de interacción entre: sujetos, textos y contextos, diversificados por las circunstancialidades enunciativas a definir las perspectivas teórico-metodológicas a aplicarse en un momento determinado, sin perder de vista el eje transdisciplinario a quedar sugerido a modo de enmarque de la macrosemiosis simbólica.

Esta macrosemiosis va a estar supeditada a la reconfiguración referencial que, parte en un principio, de una imitación del modelo originario, para luego, por relaciones de contigüidad sostenidas por la semejanza, contrariedad o reescritura, generan el desencadenamiento de una imitación creativa a producir nuevos recursos argumentales por medio del uso metasemiótico, del cual, el símbolo es muestra fehaciente del lenguaje y sus dobleces devenidas del simbolismo lexical (etimología) al simbolismo proposicional⁵ (etiología) y la construcción de singulares vías argumentales con la consiguiente constitución de lógicas de sentido a universalizarse.

El concepto de metasemiótico infiere un nivel o enfoque de análisis situado por encima o más allá del estudio de los signos y símbolos individuales en sí mismos. En lugar de manejar la interpretación o el significado específico de un símbolo en particular, el enfoque metasemiótico

5 Las categorías de simbolismo lexical y proposicional, han sido tomadas de Tzvetan Todorov (1991: 42), para dar cuenta del desempeño de las estructuras lingüísticas en los procesos de asociación o evocación a través de los cuales opera el desbordamiento referencial del significante por el significado. Donde el simbolismo lexical es estructurante esencial en la retórica clásica y moderna mediante su vinculación con el uso de figuras y tropos; mientras el proposicional, lo ubica dentro de una simbólica del discurso.

busca comprender y analizar los sistemas y procesos semióticos en su conjunto. Este enfoque permite analizar la complejidad y fluidez de los símbolos en su polisemia, reconoce que los símbolos no son entidades estáticas o unívocas, sino más bien, construcciones culturales y sociales que evolucionan y adquieren significados a través de la interacción con los individuos y la comunidad. De esta forma, la perspectiva metasemiótica abre la posibilidad de investigar cómo los sistemas de símbolos en general, incluidos los lenguajes naturales y los sistemas simbólicos no verbales, se construyen y relacionan entre sí.

Esto implica el estudio de principios fundamentales subyacentes, convenciones compartidas y las formas en que los símbolos evolucionan y se transforman a lo largo del tiempo. En todo caso, el símbolo es de considerarse un elemento metasemiótico debido a su capacidad para trascender el lenguaje literal y comunicar significados más allá de su representación directa. Al respecto, los símbolos adquieren significados y connotaciones culturales, históricas o personales, pues tienen la capacidad de ser interpretados de diferentes maneras, por diferentes individuos o culturas, lo que agrega una dimensión adicional a su carácter polisémico.

De allí el establecimiento de una relación de asimilación referencial para sustentar los niveles polisémicos a promover la identificación, reconocimiento e interpretación, a manera de mecanismos impulsores de los correlatos significantes a manifestarse en la dialéctica enunciativa originada bajo estos mecanismos de percepción, asimilación y reconfiguración de lo percibido/apercibido. Alrededor de esta base argumental, el enfoque metasemiótico permite explorar dimensiones más profundas y complejas encarnadas en claves cifradas. Va más allá de la aparente tangencialidad o superficie del símbolo, para comprender las múltiples capas de significado a estar presentes en una circunstancia enunciativa determinada.

Esta alternabilidad significativa frente a la tangencialidad aparente del símbolo, sugiere ir más allá de lo explícito, para sopesar dimensiones más profundas de su significado en relación con otros signos y sistemas simbólicos. Supone examinar los símbolos en interacción con su esencia significativa y entrelazados a un contexto más amplio, así como a explorar las implicaciones socioculturales y las connotaciones asociadas con ellos. Superada la aparente tangencialidad, surgen diferentes capas a recubrir una superficie potencialmente simbólica a irse revelando por medio de la convocatoria semiótica basada no solo en la interpretación individual de un símbolo, sino también en relación con otros símbolos, sus conexiones históricas y culturales, mediante la transformación significativa a lo largo del tiempo y en diferentes contextos.

En este sentido, encuentro una estrecha relación entre el símbolo y la cebolla, por la capacidad del despliegue regenerativo de capas a ir revelar nuevas y renovadas texturas significantes. Esta analogía es una forma interesante de describir la naturaleza del símbolo y su capacidad para regenerarse mediante su interpretación. Al igual que una cebolla tiene múltiples capas a revelarse a medida que se pela, un símbolo también tiene múltiples niveles de significado a desplegarse mientras es interpretado y explorado en profundidad.

En función de ello, la interpretación de un símbolo no está limitada a una sola capa de significación, pues tiene dimensiones múltiples y complejas a surgir a medida que los individuos o las culturas interactúan alrededor del símbolo, en esa interacción surgen nuevas capas de significado, asociaciones y connotaciones a enriquecer su comprensión. Al mismo tiempo, consolidar su figuración a través de la cadena significativa sostenida por la variabilidad simbólica coadyuvada en los contextos, experiencias, perspectivas de análisis y enfoques argumentales. En el caso del interprete, juega un papel determinante su bagaje cultural, patémico e interés indagatorio sobre determinada unidad de análisis, en circunstancias específicas a influir en las reinterpretaciones y generación de renovadas lógicas de sentido, a convertirse en elemento de sostenimiento o anclaje transitorio del símbolo en determinado espacio enunciativo.

Esta dinámica imprime al símbolo una constante metamorfosis significativa envuelta en un proceso vivo y dinámico, en el cual es importante destacar que la regeneración simbólica no significa la pérdida del significado original o, en consecuencia, una alteración determinante para poder mantener su vigencia en los planos enunciativos universales. Al contrario, esta regeneración garantiza el enriquecimiento, expansión y sostenimiento del símbolo a través de la interpretación y exploración de éste en la profundidad y complejidad a enriquecerse con la circulación en espacios referenciales, tanto individuales como colectivos, esto es, el correlato intra e intersubjetivo dentro de las dimensiones enunciativas para su configuración significativa.

Entonces, el símil de la cebolla es valedero para el símbolo y su poder revelador/regenerador de la textura significativa, más allá de la tangencialidad aparente. A nivel metasemiótico, las capas de significación en un símbolo proponen diferentes niveles de interpretación y comprensión del sistema simbólico en su conjunto, entre las cuales, podemos destacar los planos o capas: sociales, culturales, históricas, intertextuales, intersimbólicas; sujetas a procedimientos argumentales soportados básicamente en tres aspectos o niveles a determinar según las especificidades de análisis, ellos son: evolución histórica (etiología contextual), diversidad interpretativa (etiología metodológica) y los procesos de recepción y apropiación significativa (anclaje hermenéutico/metasemiótico)⁶.

6 Con respecto a estos tres niveles de los procedimientos argumentales propuestos hasta el momento, es imprescindible hacer una breve acotación sobre cada uno de ellos. Al respecto, la evolución histórica o etiología contextual, revela la evolución y cambio de los símbolos a lo largo del tiempo y las circunstancias. A nivel metasemiótico, es posible rastrear la evolución histórica de un símbolo en particular, indagar cómo ha cambiado su significado y ha sido reinterpretado en diferentes épocas y culturas. Esta capa de significación permite comprender las influencias históricas y los procesos de transformación simbólica a lo largo del tiempo. Mientras la diversidad interpretativa o etiología metodológica, explora la multiplicidad de interpretaciones y significados asignados a un símbolo, por medio de las experiencias personales, los sistemas de creencias y los marcos culturales, para determinar su influencia en las interpretaciones. Esta capa de significación reconoce la subjetividad y la pluralidad de interpretaciones en la comprensión de los símbolos. Por su parte, los procesos de recepción (consciente/inconsciente) y de apropiación, o anclajes hermenéuticos, representan la forma en que un símbolo es recibido y apropiado por diferentes audiencias o individuos en la generación de capas de significado; al mismo tiempo, contiene la propuesta argumental y lógicas de sentido sobre las cuales es propuesta la interpretación, e indudablemente, alimenta y enriquece la polisemia y amplía su comprensión.

Veamos, en el plano o capa social-cultural, la interpretación y el significado de los símbolos están influenciados por el contexto cultural y social en el que se sitúan. A nivel metasemiótico, es imprescindible examinar los valores, creencias y prácticas de una determinada cultura o sociedad, su influencia en la interpretación y representación del significado de los símbolos. Obviamente, el significado va a variar según la cultura y el contexto en el que esté ubicada determinada representación simbólica. A nivel metasemiótico, es factible develar la correspondencia referencial del símbolo con los valores, creencias, mitos y tradiciones culturales específicas. Esto supone la exploración significativa dentro de una macrosemiosis a servir de marco universalizante de la referencialidad.

Por otro lado, la capa o estrato histórico, es el escenario para indagar sobre la metamorfosis significativa e interpretaciones surgidas alrededor del símbolo a lo largo de diferentes épocas y contextos históricos. Esto implica analizar las transformaciones y continuidades de los símbolos a través de mecanismos de transmisión, adaptación, refiguración y establecimiento, en determinado contexto para considerar la antecedencia referencias, cambios y refiguración dentro de determinada cadena significativa.

De igual forma, el nivel intertextual juega un papel imprescindible en este despliegue de capas reveladoras de significación. Allí es factible apreciar la dinámica significativa-argumental a constituir la esencia referencial del símbolo, sus mecanismos detonantes de la simbolicidad. Es la indagatoria en la esencia más pura a establecer la base a regir el núcleo generador de la metamorfosis aludida en párrafos anteriores. Allí residen las isotopías a concatenarse en torno al sentido originario y las posibilidades de articulación para la producción de renovadas formas de sentido y argumentabilidad. Desde la perspectiva metasemiótica, en función del nivel intertextual, es de destacar la valía de la experiencia personal en la interpretación de un símbolo. Ese nivel de intuición es vital para delinear los horizontes interpretativos y la configuración del andamiaje teórico-metodológico a aplicar en la consolidación del anclaje hermenéutico⁷.

En cuanto al nivel intersimbólico, la apelación argumental apunta hacia la constitución de sistemas simbólicos o redes de asociaciones, constituidas por relaciones y conexiones entre diferentes símbolos dentro de un sistema significativo a través de complementariedades, analogías, contrastes, influencias y desdoblamientos referenciales, a enriquecer, hibridar o modificar el significado de cada símbolo, tanto individualmente como en un colectivo representado en una cadena significativa determinada.

Estas son algunas posibles capas de significación que puede explorarse desde la perspectiva metasemiótica y, en correspondencia con los criterios de simbolicidad, para proponer análisis amplios y contextualizados a permitir una conciencia semiótica por medio de la polisemia a

7 Es un planteamiento regido por el regreso del lenguaje de la vida cotidiana a los planos enunciativos y, consideración de las dimensiones empíricas, como punto de partida hacia la experiencia del mundo vital.

generarse para el ensanchamiento de la cadena signifiante, a distenderse mediante la interacción de los símbolos en sistemas de representación, ensanchados por una hibridez cada vez más enriquecedora signíficamente.

Para no quedarnos en lo abstracto o simple planteamiento teórico, voy a intentar un ejercicio de aproximación argumentativa, a partir del símbolo de *la lámpara de los siete brazos o menorá*, que se encuentra en Antiguo Testamento y representa la lámpara de oro de siete brazos utilizada en el Templo de Jerusalén. Dentro de la tradición judía, fue construida para ser usada en el Tabernáculo, el santuario portátil que mandó a construir Moisés durante la travesía por el desierto hacia la Tierra Prometida, según esta referencia, sería el primer lugar de culto de los israelíes. En el Éxodo (25:31), aparece expresado de la siguiente manera:

Harás además un candelabro de oro puro. El candelabro, su base y su caña han de hacerse labrados a martillo; sus copas, sus cálices y sus flores serán de una pieza con él. Y saldrán de sus lados seis brazos: tres brazos del candelabro de uno de sus lados y tres brazos del candelabro del otro lado. Habrá tres copas en forma de flor de almendro en un brazo, con un cáliz y una flor; y tres copas en forma de flor de almendro en el otro brazo, con un cáliz y una flor; así en los seis brazos que salen del candelabro. Y en la caña del candelabro habrá cuatro copas en forma de flor de almendro, con sus cálices y sus flores. Y habrá un cáliz debajo de los dos primeros brazos que salen de él, y un cáliz debajo de los dos siguientes brazos que salen de él, y un cáliz debajo de los dos últimos brazos que salen de él; así con los seis brazos que salen del candelabro. Sus cálices y sus brazos serán de una pieza con él; todo ello será una sola pieza de oro puro labrado a martillo. Entonces harás sus siete lámparas; sus lámparas serán levantadas de modo que alumbrén el espacio frente al candelabro. Y sus despabiladeras y sus platillos serán de oro puro. El candelabro, con todos estos utensilios, será hecho de un talento de oro puro. Y mira que los hagas según el diseño que te ha sido mostrado en el monte.

En torno a esta antecendencia, el símbolo de la menorá está anclado a una conciencia mítica sostenida por una suprareferencialidad a permear el contexto histórico-cultural, bajo la representación de los designios de la deidad, al formar parte de los órdenes fundacionales del judaísmo, junto a las *tablas de la ley*, es uno de los elementos más significativos. Según la tradición, fue diseñado por Dios y permaneció en el Templo de Jerusalén como parte de los rituales religiosos. Así que, el símbolo de la menorá trasciende la conciencia mítica para convertirse en una representación nacional y cultural, pues ha sido utilizado a modo de símbolo nacional y cultural del pueblo judío para representar su identidad y herencia. La menorá es ícono en diversos contextos: sellos, monedas, arte religioso y símbolo oficial del Estado de Israel.

Además, juega un papel central en la festividad judía de Janucá, conocida como la *fiesta de las luces*. Durante esta celebración, son encendidas luces en una menorá de nueve brazos, conocida como janukiá, para conmemorar el milagro ocurrido en el Templo de Jerusalén y la rededicación del altar. Por lo que no tiene un sentido exclusivamente religioso; al contrario, simboliza la identidad judía, la conexión con la tierra de Israel y la continuidad de la tradición judía a lo largo de los siglos.

Por otra parte, en relación con el nivel intertextual, podemos concatenar algunas isotopías para configurar una cadena significativa en torno a la figuración divina en cuanto luz, sabiduría y presencia de Dios; contenida en varios pasajes bíblicos presentes en el Libro del Éxodo y el Libro de Zacarías, además de las similitudes y conexiones con otros textos rabínicos como el Talmud y el Midrash. Tal es el caso de su similitud con *el Arca de la Alianza*, *La Estrella de David* o *El Shofar*, para constituir un refuerzo de la riqueza simbólico-religiosa del pueblo de Israel, a través de diversas conexiones referenciales.

Indudablemente, alrededor de la Menorá, surge una simbolicidad encarnada por la hibridez arquetípica, sus siete brazos representan los siete días de la creación, los siete dones del Espíritu Santo, e incluso, los siete aspectos de la iluminación espiritual. Asimismo, la forma curva de los brazos de la menorá podría relacionarse con la idea de capas de significado a develarse gradualmente, como las capas de una cebolla. Los tres brazos de un lado simbolizan arquetipos como el guerrero, el sabio y el rey. Estos arquetipos representan la fuerza, sabiduría y liderazgo. Mientras tanto, los tres brazos del otro lado, simbolizan arquetipos como el cuidador, el místico y el artista. Estos arquetipos encarnan entre otras cualidades: la compasión, espiritualidad y creatividad. Mientras el brazo central puede interpretarse a modo de arquetipo conector e integrador, a unir y equilibrar las diferentes facetas y dimensiones representados por los demás brazos.

La combinación de estos arquetipos crea una hibridez a simbolizar la integración y armonía de diversas dimensiones de la experiencia humana, para sugerir la fusión simbólica a partir de antagonismos complementarios en una misma entidad significativa. Además, sugiere la hibridez arquetípica representada por la Menorá, como la búsqueda de equilibrio y armonía en la vida humana, al integrar y honrar múltiples facetas de la esencia existencial transida en la transcendentalidad espiritual.

En relación a lo anterior, es importante tener en cuenta que este argumento es una interpretación simbólica y puede variar según la perspectiva y la tradición interpretativa. Sin embargo, es un punto de partida para explorar la hibridez arquetípica en relación con la Menorá, analizada desde diferentes capas o estratos referenciales establecidos a través de isotopías de orden cultural e histórico, conexiones intertextuales, dimensiones teológicas y espirituales. En todo caso, la hibridez arquetípica, a modo de proponer visiones argumentativas fundamentadas en un proceso metasemiótico.

Esta perspectiva metasemiótica vincula los sentidos etiológicos del símbolo para diversificarlos mediante polisémicos mecanismos de construcción de sentido, pues el perfil etiológico prevé la indagatoria en la cadena significativa del símbolo, para determinarlo en la dialéctica enunciativa y sus probables giros representacionales. Esta acepción sugiere que la interacción entre diferentes arquetipos, puede dar lugar al surgimiento de nuevos patrones de pensamiento, comportamientos o resimbolizaciones al momento de enunciar un acontecimiento refigurado. Estos híbridos arquetípicos son el resultado de la integración de arquetipos opuestos o

complementarios, e incluso de la transformación de un arquetipo en otro.

En tal sentido, la simbolicidad⁸ otorga vigor y rigor a la hibridez arquetípica y, ésta por su parte, representa las múltiples acepciones otorgadas según su aplicación en diversas interpretaciones, a partir de una referencialidad determinada y sus respectivas implicaciones en cuanto: enunciantes, contextos y dialécticas discursivas, manifestadas en la circulación comunicativa de los textos a formalizarse en la cadena significativa. En el símbolo a modo de arquetipo estructurante de referencialidades que van más allá de lo aparente, para hacer hincapié en la traslación de lo iconográfico, hacia la multiplicidad argumental a diversificar las cadenas de producción de sentido, mediante la reactualización de los contenidos desde particulares formas de abordar la producción de significados, a sostenerse metódicamente a través del tiempo y los espacios.

Es importante destacar que el término híbrido arquetípico no es una categoría establecida en la teoría de los arquetipos, sino una interpretación que intenta combinar los conceptos de arquetipo e hibridación. La comprensión y aplicación específica de un arquetípico híbrido, surge del contexto y de la interpretación individual o teórica que se le dé. De esta forma, al hablar de arquetipo híbrido es referir la fusión referencial como instrumento para la construcción de una entidad significativa, tal cual podemos comprobar en diversos contextos, como: la mitología, la literatura, el cine⁹, el arte y otros medios de expresión creativa.

En el caso concreto de la literatura, la novela *cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, está estructurada en función de la hibridez arquetípica, sustentada en un mito nodriza (el judeocristiano) para particularizarse en una geografía imaginal (Macondo), entronizado en los manuscritos de Melquíades (sánscrito) y trasvasados por la nostalgia a modo de elemento reconfigurativo de la historia de la familia Buendía. Además del realismo actancial suscrito en torno a personajes multifacéticos, tal es el caso de José Arcadio Buendía en su fusión de héroe visionario y sabio alquimista, o Úrsula Iguarán y el encarnamiento de la dimensión matriarcal aunada a la de prestidigitadora, sostén de las barreras entre la realidad textual y el cumplimiento de la premonición que pesa sobre la familia.

Todo ello sostenido en una polivalencia textual, acunada en el simbolismo del laberinto en la fusión del viaje iniciático, la búsqueda de conocimiento y la incertidumbre ante el destino

8 Para mayor referencia sobre la simbolicidad, nuevamente ocurro a los planteamientos de Tzvetan Todorov sobre “los efectos de la solidaridad de lo simbólico y la interpretación” (1991: 19), en cuanto producción y recepción de un mismo fenómeno a desdoblarse en una cadena significativa para su adaptación, asimilación y resimbolización en lógicas de sentido a sustentar lo propio, transpuesto, literal, espiritual, de una comunidad lingüística diversificada en los hechos simbólicos a generarse entre el antecedente referencial y la etiología desencadenada a partir de la simbolicidad

9 En la literatura y el cine, es común encontrar personajes que son híbridos arquetípicos, donde se mezclan características de diferentes arquetipos para crear una figura única y distintiva. Por ejemplo, el personaje de Drácula puede ser considerado un arquetípico híbrido, ya que combina elementos del arquetipo del vampiro con el seductor oscuro o el sabio oscuro.

irreversible contenido en los manuscritos de Melquiades. Aunado a la repetición cíclica de la historia trasvasada por la conciencia cósmica, que por momentos, invade la cotidianidad para fundamentarla en un realismo simbólico que permite la conjunción de lo histórico y lo imaginal a manera de escenario enunciativo acechado por la imprevisibilidad, muchas veces irónica, tal es el caso de la ascensión al cielo de Remedios La Bella.

De allí la configuración de una hibridez narrativa, a entrelazar tiempos y espacios a lo largo de varias generaciones, mediante una circularidad y simultaneidad referencial a proponer diversos planos de abordaje textual, entre ellos, la soledad a modo de espacio para la reflexión y búsqueda de la autenticidad actancial, que es al mismo tiempo, la de un pueblo circundado por el encarnamiento generacional a irse resimbolizando en arquetipos a convertirse en lugares para el ‘eterno retorno’ y consolidación de la trama recurrente de los pergaminos, “y que todo lo escrito en ellos era irrepetible desde siempre y para siempre, porque las estirpes condenadas a cien años de soledad, no tenían una segunda oportunidad en la tierra” (García, Márquez, 2007: 471).

En tal sentido, la hibridez arquetípica implica una mayor complejidad y profundidad en sus representaciones. Al amalgamar diferentes isotopías y esencias simbólicas, abre la posibilidad de fusionar diversos planos referenciales conjuntados por la conciencia histórica y la conciencia cósmica, a servir de puente entre categorizaciones tradicionales (antecedentes etimológicos) y las resignificaciones devenidas de diversas perspectivas argumentales, las cuales constituyen un principio metasemiótico al momento de interpretar los símbolos mediante procesos de asimilación, adaptación y refiguración representativa (simbolicidad).

Situar lo comprendido más allá de lo aparente

En párrafos precedentes he utilizado el término *anclaje hermenéutico*, para advertir sobre los procesos de recepción y apropiación del sentido en determinadas audiencias y, en correspondencia con diversas propuestas argumentales sobre el símbolo. Más aún, desde una metasemiótica, es pertinente referir la constitución de macrosemiosis enmarcantes de las lógicas de sentido propuestas por la especificidad referencial del símbolo. A ser recurrida en una dialéctica interpretativa donde todo enunciado está sujeto a una interpretación bajo la indagatoria de microsemiosis para dar cuenta de las dimensiones: espacio-temporales, socioculturales, actanciales, simbólicas, referenciales, a servir de punto de convergencia o concatenación del significado.

La interacción de estas microsemiosis serán la base para la constitución de textos polisémicos, cuyo punto de partida es la acción humana convalidada entre la perspectiva objetivante y la subjetivante, dos extremos a distenderse en función de la reconfiguración del acontecimiento que sustenta el hecho narrado, mediante una aproximación signifiante a partir de una fusión de las microsemiosis a configurar las macrosemiosis o universalidades legitimantes. Esta singular

perspectiva, hace pertinente el vínculo¹⁰ de la isotopía de la trascendencia dentro de los escenarios simbólicos, pues permite enunciar con base a una interioridad a modo de elemento concatenante de la textualización del enunciante a través del texto.

De allí que, la vinculación isotópica es al mismo tiempo una reconstrucción del sentido, donde el orden simbólico apunta hacia la convergencia enunciativa del texto, el sujeto y las contextualidades sostenidas por la percepción sensible como instrumento para indagar sobre lo oculto e insospechado del símbolo. Allí es posible hacer de la cotidianidad un espacio de lo extraordinario sin caer en lo estrictamente místico/mítico, sino más bien, son inserciones para complementar las lógicas de sentido de las estructuras enunciativas a configurar visiones o formas de narrar el mundo.

Bajo estos razonamientos, es pertinente traer a colación las nociones sobre *semiótica simbólica* expresadas por Juan Magariños de Moretín, para proponer alternativas alrededor de la tipificación de la simbolicidad como un hecho de circulación social. Magariños reconoce esta semiótica en función de una: “metodología de investigación destinada a explicar el significado de determinados fenómenos sociales, cuando su representación/interpretación ha sido socialmente producida por textos simbólicos” (2008: 141), desde donde es posible la atribución de sentido a través de la dialéctica generada por la circulación social. Sin embargo, este enfoque eminentemente pierceano admite que la acepción de textos simbólicos

Designa predominantemente al *habla*, pero también a cualquiera otra semiosis en cuyos signos predomina el aspecto *convencional* (o sea su interpretación requiere, centralmente, del conocimiento de la convención social que les da vigencia) y, en consecuencia, constituyen un sistema virtual de fuerte o, al menos, relativa formalización (o sea, los signos se relacionan según reglas estables e identificables) (Ídem).

Al respecto, reconoce zonas de variación dentro de un ciclo de transformaciones “establecidos por la vigencia espacial y/o temporal de los hábitos sociales de percepción (los discursos visuales vigentes) (Ídem). A lo cual, es imprescindible suponer la configuración del interpretante en cuanto relaciones intra e intersubjetivas, pues innegablemente, el símbolo es una forma sensible, instrumento de mediación de un acontecimiento y un sujeto enunciante desde diferentes planos de interpretación, por lo que las determinaciones del mundo objetivo son rebasadas por fuerza imaginal y su capacidad asociativa y refigurativa al momento del otorgamiento de sentido, lo cual impulsa el texto simbólico hacia los espacios metasemióticos aludidos en párrafos anteriores, por su capacidad de indagar sobre las capas del revestimiento textual.

Más aún, cuando el indicativo central es una *semiótica de los bordes*, sus principios

10 Esta noción de la vinculación isotópica, vuelve a traer al tapete argumental la concepción del símbolo como el escenario para juntar, rearmar, recomponer la cadencia significante. Ello tiene mucha relación con lo propuesto por Andrés Ortiz-Osés (2003) como *sutura simbólica de la sutura real* de la realidad al momento de constituir el sentido mediante la interpretación.

transformacionales y la “identificación ontológica de un sujeto: pensamiento / semiosis / mundo” (Magariños, 2007: 97), la discreción interpretativa apunta también hacia los escenarios donde van a generarse nuevas formas de significación y producción de fenómenos de hibridez y transgresión simbólica, determinada por la distensión creadora entre lo aparente y lo figurado; por lo que es imprescindible insistir en una transignificación surgida de la proyección subjetiva sobre lo explícitamente objetivo, a través de una dimensión imaginal creadora de sentido, a constituirse en centro habilitante del continuum referencial de determinado símbolo, a su vez, el soporte para el anclaje hermenéutico.

Precisamente, al evocar ese anclaje hermenéutico, es fundamental referir a Gadamer y sus planteamientos sobre la ontosimbólica del arte a manera de exploración que permite superar las perspectivas limitadas del enunciante, para acceder a comprensiones ontosimbólicas del acontecimiento a refigurar por medio de la interpretación, específicamente a partir de la expresión estética, como forma de conocimiento que permite comprender y experimentar la verdad.

Según Gadamer, los símbolos no solo representan o comunican algo, sino que poseen una dimensión ontológica que permite acceder a una verdad más allá de las meras apariencias. Los símbolos en el arte, la literatura y otras formas de expresión estética, permiten adentrarse en una experiencia ontosimbólica, en la que son revelados aspectos más profundos del acontecimiento interpretado. Por lo que considera el arte, en su capacidad simbólica, una forma de conocimiento a comprender el mundo de una manera única y significativa. El arte no solo refleja la realidad, sino es un instrumento mediador entre la interpretación y la experiencia a trascender lo literal para develar una dimensión simbólica y ontológica.

Desde esta perspectiva, implica reconocer la capacidad transformadora y reveladora de los símbolos más allá de su representación inmanente, para establecer una experiencia soportada por una comprensión del enunciante, a partir de la interpretación del símbolo y la reconfiguración de formas de leer el mundo, en tal sentido:

El símbolo, la experiencia de lo simbólico, quiere decir que este individual, este particular, se presenta como un fragmento de Ser que promete complementar en un todo íntegro al que se comprometa con él; o también quiere decir que existe el otro fragmento, siempre buscado, que complementará en un todo nuestro propio fragmento vital (1991, p. 85).

Una vez más va a reiterarse el sentido de la eterna búsqueda de la recomposición de los fragmentos a través del símbolo, la manifestación del ‘eterno retorno’¹¹ para la recomposición

11 Por la naturaleza de este trabajo, al hacer mención del ‘eterno retorno’, es imprescindible aludir a Mircea Eliade, para quien el eterno retorno implica la idea de la recurrencia de eventos y experiencias, para crear un sentido de continuidad y repetición en la existencia humana. Esta concepción del tiempo y la realidad es diferente a la noción lineal del tiempo en la que cada momento es único e irrepetible. Eliade sugiere que la noción de eterno retorno tiene profundas implicaciones simbólicas y existenciales. Para algunas culturas y tradiciones religiosas, la creencia en el eterno retorno brinda la sensación de seguridad y significado, al reconocer una existencia dentro de un orden cósmico más amplio. De allí la multivocidad de la función simbólica al concebir el eterno retorno no solo como forma de interpretar el tiempo

de lo originario en lo unitario, a permanecer como principio esencial de la cadena significativa a estructurar el símbolo en sus procesos de resignificación, ante las dinámicas enunciativas sugeridas por las diversas miradas interpretativas y recursos argumentales. Esta recomposición de los fragmentos a modo de unidad conciliatoria, soporta la interacción de las diferentes microsemiosis estructurantes de la macrosemiosis a universalizarse en la hibridez arquetípica para darle mayor fuerza y proyección.

La interacción de las microsemiosis, admite todas las localías o particularidades significantes, a unirse en principio desde la dimensión intrasubjetiva a diversificarse mediante la hibridez arquetípica manifestada en los movimientos del tiempo y la memoria; dos articulantes de imprescindible mención al momento de señalar esa coalición soldificante del tránsito simbólico a derivarse del valor soportado por la triada: intrasubjetivo /comunitario/ universal. De esta forma, tiempo y memoria no consideran solamente la instancia físico-geográfica para su movilidad significativa, sino también la instancia sensible a servir de elemento prefigurativo.

Esta concepción prefigurativa de la instancia sensible, crea un escenario de readaptación que tiene como punto de partida la imagen percibida/apercibida dentro de una iconicidad determinantemente intrasubjetiva o construcción imaginal que, mediante la interacción comunitaria-universal, adquiere toda una figuración supra-imaginal, cuya funcionabilidad, recae de una manera determinante en la ritualidad como regeneración continua del tiempo original. Tal es el caso de la simbolicidad deífica, cuyo punto de partida son los espacios domésticos a estructurar una tradición patemizada, para luego diversificarse en la universalidad garante de su permanencia en tiempos y espacios. En tal caso, la ritualidad es un importante punto de acople entre las microsemiosis y las macrosemiosis, al momento de hacerse evidencia imaginal, materializarse a través del rito. En palabras de Cassirer:

En efecto, trátase aquí de tomar la expresión simbólica, o sea la expresión de algo “espiritual” por medio de “signos e “imágenes” sensibles, en su significado más amplio; trátase de la cuestión de saber si dicha forma de expresión, cualquiera que sea la diversidad de sus aplicaciones posibles, tiene o no en la base un principio que se caracterice como procedimiento fundamental uniforme y completo (1975, p. 162).

Indudablemente, el rito va a otorgar al símbolo esa uniformidad y completitud en una circunstancia enunciativa determinada, al mismo tiempo, posibilita los procesos de asimilación, readaptación y consolidación que otorgan la fortaleza significativa necesaria para sostenerse por medio de la figuración supra-imaginal. Hacer de la experiencia interpretante, parte de la acción humana, consustanciada con el lenguaje y sus posibilidades de nombrar/señalar el mundo, construir

y el mundo, sino también, sus implicaciones en la vida cotidiana tras la búsqueda de significado. Consecuentemente, una de las vías para dar funcionabilidad a la noción del externo retorno, está en la dialéctica de los rituales, la conexión con los mitos ancestrales y la hibridación arquetípica a modo de reconocer, reconocerse y encontrar el sentido en otras dimensiones alternativas de ‘lo real’, o en su defecto, constituir lo real por medio de determinadas circunstancias enunciativas.

universos paralelos para el enganche de la alterabilidad referencial con miras a la búsqueda de la unicidad significativa.

Por lo que, toda estructura imaginal remite a un hecho narrativo, pues apunta hacia la consolidación de un hecho significado, bajo la premisa del surgimiento de un acontecimiento a ser mediado por la interpretación y posterior conversión en ‘realidad ‘o, mejor dicho, en *noción de lo real* que, en el caso del símbolo, siempre estará referida a la experiencia humana. En tal caso, es prudente volver a Cassirer en cuanto al establecimiento de una red simbólica a través de esta dinámica significativa, pues:

El hombre no puede escapar de su propio logro, no le queda más remedio que adoptar las condiciones de su propia vida; ya no vive solamente en un puro universo físico sino en un universo simbólico. El lenguaje, el mito, el arte y la religión constituyen partes de este universo, forman los diversos hilos que tejen la red simbólica, la urdimbre complicada de la experiencia humana (Ídem, p.27).

Atenidos a estos planteamientos, la constitución de universos simbólicos estará determinada por los entresijos de las microsemiosis como hechos enunciativos a buscar la unidad en un todo transitorio. Transitorio, porque la argumentabilidad unificante estará sujeta a diversas miradas, lecturas, visiones argumentales y su correspondencia intra e intersubjetiva hasta lograr la fusión simbólica, o instante cuando el lector logra superar las limitaciones de su propio horizonte de comprensión, y se abre a la comprensión del texto en su propio contexto simbólico. Es un proceso en el que se establece una conexión entre la imagen y el espectador, permite la inherencia simbólica de la imagen dentro de la experiencia del espectador.

Esta fusión simbólica está íntimamente relacionada con el anclaje hermenéutico o, forma de situar lo comprendido como un acto implícito en las relaciones enunciativas¹², como lugar de encuentro del sujeto, el texto y los contextos. Dentro de ellas, ocurre la refiguración del acontecimiento a través de la dialéctica narrativa a manera de instrumento de mediación entre el sujeto y el acontecimiento, donde ya no es el acontecimiento mismo, sino una aproximación significativa vertida desde diferentes ángulos interpretativos: patémicos, históricos, sociales, culturales, estéticos, místicos¹³.

12 En este sentido, es prudente insistir en la perspectiva de la experiencia humana en cuanto elemento fundamental de la relación entre enunciantes y sus capacidades para el intercambio comunicativo. Al respecto, Gadamer en su libro *Voluntad y Método II*, afirma: El “diálogo que somos” ocurre en la co-pertenencia o más bien, en la co-impertinencia entre dos sujetos sobre “aquello que” acontece lo que hace surgir una suerte de experiencia humana de mundo cuando se interpreta y se comprende, lo que co(i)mplica a ambos sujetos en la fusión dialógica del lenguaje, en el habla, en la conversación (1998: 112). Esta co(i)mplicación hace del anclaje hermenéutico, un acto profusamente metasemiótico y, su implicación en el desgajamiento de las capas significantes, es base fundamental en la construcción de la textura argumental en función de la pluralidad de sentidos.

13 Caso específico, la obra de Jorge Luis Borges, por su uso innovador y creativo de símbolos y arquetipos. En sus cuentos, Borges combina elementos de la mitología, la filosofía, la religión y la literatura para crear un universo literario único que explora temas profundos y universales. En “El Aleph”, por ejemplo, Borges utiliza el símbolo del Aleph para representar el infinito y la eternidad. Este símbolo se fusiona con elementos de la mística oriental, tal es el caso del concepto de nirvana, para crear una narración enigmática que invita al lector a reflexionar sobre el tiempo y la me-

Es una forma de expresión enunciativa y conceptual que busca transmitir ideas complejas o conceptos abstractos a través de la combinación creativa de símbolos. Por ejemplo, en el arte, se pueden fusionar diferentes símbolos o imágenes para transmitir un mensaje o idea particular. En la filosofía y la semiótica, se utiliza para analizar cómo los símbolos interactúan entre sí y su capacidad generativa de nuevos significados al fusionarse¹⁴.

Por lo tanto, en esta transitoriedad argumental se produce una transfiguración del hombre en animal simbólico, para usar las denominaciones de Ernest Cassirer al momento de cohesionar la acción humana con la construcción de sentido a través de la dialéctica simbólica, o simbolicidad creadora a siempre a acompañar las figuraciones enunciativas como maneras de nombrar el mundo; en este aspecto:

El hombre, por decirlo, ha descubierto un nuevo método para adaptarse a su ambiente. Entre el sistema receptor y el sistema efector, que se encuentran en todas las especies animales, hallamos como eslabón intermedio algo que podemos señalar como sistema “simbólico”. Esta nueva adquisición transforma la totalidad de la vida humana. Comparado con los demás animales el hombre no sólo vive en una realidad más amplia sino, por decirlo así, en una nueva dimensión de la realidad. (1996, p. 114)

El orden simbólico va a crear renovadas dimensiones de lo real a conjuntarse en el enriquecimiento de los planos del sentido y la significación, complicitadas en los valores argumentativos establecidos por el interpretante y permitidos por la naturaleza significativa del símbolo. Así se constituyen las formas simbólicas fundamentales del hombre, en las cuales, el lenguaje como eje central, configura un mundo imaginal con profunda fuerza significativa que llega a permear los escenarios radicalmente objetivo-racionalistas, al crear la alternabilidad argumental en la que subjetividad y objetividad están mutuamente complicitadas. Esto es, la conjunción y mutualidad a soportar la función simbolizante del lenguaje y la relación de interdependencia de los elementos constituyentes.

Esta función simbolizante, revela una virtualidad connotada tanto por el conocimiento (dimensión gnoseológica), como por el Ser (visión ontológica), en la cual, el tránsito simbólico del lenguaje es una circulación hacia la existencia a ser compartida en diversos planos enunciativos y sus correspondientes aproximaciones significantes, en las que se traduce la existencia humana con respecto a los inventarios simbólicos a manera de anclajes hermenéuticos sustentados en la

moria. Mientras en “La Biblioteca de Babel”, Borges utiliza el símbolo de la biblioteca para explorar temas referidos al conocimiento y la búsqueda de sentido en el universo. La biblioteca se convierte en un arquetipo para representar la complejidad y la ambigüedad del mundo, mientras los libros, son los símbolos del conocimiento y la sabiduría.

14 Indudablemente, la fusión simbólica y la hibridez arquetípica forman parte de una misma instancia argumental, ya que ambas implican la combinación de diferentes elementos o símbolos para crear algo nuevo y único. La hibridez arquetípica alienta la combinación de arquetipos o patrones universales de comportamiento humano, mientras la fusión simbólica, está referida a la combinación de símbolos en general. Ambas son formas creativas de expresión que buscan transmitir ideas complejas o conceptos abstractos de manera más efectiva.

transferencia de sentidos, su interpretación y comprensión en la dualidad objetivo/subjetiva a configurar la metasemiótica en su diversidad de capas y texturas argumentales.

Así que el símbolo no es ningún artificio o creación meramente estética. Al contrario, es parte consustancial del sujeto encarnado como particularidad enunciante en específicos escenarios de adaptabilidad significativa que, en el caso de la hermenéutica simbólica, infiere a partir de la dimensión anímico/espiritual a manera de ejercicio intelectual avocado en la pluralidad/multiplicidad de las diferencias conciliadas. En este sentido, conciliar las diferencias es hacer atribuciones de sentido articuladas al sincretismo y antagonismos complementarios, dinámicas a enriquecer el orden metafórico del acontecimiento refigurado a partir del desencriptar significados ocultos o apercebidos. Bajo estas referencias:

El símbolo propone un plano de conciencia que no es el de la evidencia racional; es la cifra de un misterio, el único medio de expresar lo que no puede ser aprehendido de otra forma; nunca es explicado de una vez por todas, sino que debe ser continuamente descifrado, lo mismo que una partitura musical nunca es descifrada para siempre, sino que sugiere una ejecución siempre nueva (Corbin, 1995, p. 26)

Este desencriptar las claves cifradas contenidas en la esencia simbólica, hace de la simbolicidad un real y verdadero anclaje hermenéutico para apelar a la dinámica generada por la interacción de las microsemiosis/macrosemiosis, a modo de consolidación de las particularidades significantes en una universalidad legitimante. Lo cual sugiere caminos alternativos a recorrer al momento de la interpretación, alrededor de una hermenéutica que bien puede partir de la singularidad para llegar a la generalidad, o viceversa, en ambas, el tránsito argumental posibilita abordar el ciframiento a modo de mecanismo generador de significación y propuestas de lógicas de sentido.

Es la oportunidad de establecer escenarios convergentes de los ritmos cósmicos, la extrapolación icónica y la aproximación significativa, sujetos a la resimbolización o punto de partida de la dinámica interpretativa, la forma de generar argumentos en la coalición de la conciencia histórica y la conciencia mítica. Es un constante recomenzar en un principio base a transfigurarse simbólicamente, *sobreedificarse*¹⁵ para generar acontecimientos a manera de redefiniciones a resimbolizar el contenido esencial. Al respecto, es importante volver a los conceptos del eterno retorno de Eliade para precisar los planos resimbolizantes:

Todo recomienza por su principio a cada instante. El pasado no es sino la prefiguración del futuro. Ningún acontecimiento es irreversible y ninguna transformación es definitiva.

15 Esta noción argumental está tomada del concepto bíblico que aparece en Corintos 3:10, bajo la siguiente acepción: “Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto”. De allí, es la reedificación una reescritura creativa a asumir las estructuras imaginales como su centro generador de significación.

En cierto sentido, hasta puede decirse que nada nuevo se produce en el mundo, pues todo no es más que la repetición de los mismos arquetipos primordiales; esa repetición, que actualiza el momento mítico en que la hazaña arquetípica fue revelada, mantiene sin cesar al mundo en el mismo instante auroral de los comienzos. El tiempo se limita a hacer posible la aparición y la existencia de las cosas. No tiene ninguna influencia decisiva sobre esa existencia, puesto que también él se regenera sin cesar. (2001, p. 56)

De esta forma, todos los planos enunciativos son dimensiones concurrentes de la simbolicidad como mecanismo resignificante, donde un espacio enunciativo se transfigura en una construcción imaginal a través de una dinámica reconfigurativa, soportada por el condicionamiento simbólico y sus fusiones significantes por medio de la descryptación del sentido cifrado más allá de lo inmanente. El orden a rehacer las referencialidades por medio de las anclajes hermenéuticos o suturas simbólicas, para la aparición del carácter traslativo del lenguaje en la posibilidad de interrogar e interrogarse, mediante el símbolo es su posibilidad de lo oculto, el misterio y la heterogeneidad de las claves cifradas.

Toda esta causalidad argumental conlleva a considerar la infinitud simbólica a manera de transferencias de sentido abordadas en las coyunturas de lo objetivo/subjetivo, o las textualidades patémicas a hacerse base estructurante más allá de los simples planteamientos teórico-metodológicos. Implica la comprensión del sujeto desde el sujeto mismo, mediante la identidad simbólica/narrativa a manera de aproximación a lo real, convergido en regiones de sentido caracterizadas por la hibridez referencial, específicamente arquetípica, a configurar la dialéctica enunciativa a traducirse en espiritualidad simbólica.

Conclusiones

En las regiones del símbolo, concurren diversos elementos a conformar un mecanismo metasemiótico que entiende la generación de sentido, en función de la superposición de capas significantes sobre determinadas texturas argumentales. Allí ocurre la refiguración del acontecimiento mediante la intermediación enunciativa conteniente de los anclajes hermenéuticos derivados de la naturaleza patémica, geográfica, contextual, nociones de realidad, apuestas imaginales; trasvasadas por la hibridez arquetípica que hace posible la confluencia de tiempos y espacios en presentes enunciativos a representar una permanencia significativa sostenida por específicas argumentabilidades. Estas, sostenidas por procesos de recepción, asimilación, sostenimiento y reproducción de nociones de realidad, sustentadas por antagonismos complementarios a hacer posible el equilibrio referencial entre conciencia histórica y conciencia mítica.

En este aspecto, la reflexión apunta hacia el advenimiento de un orden simbólico constituyente de alternabilidades argumentales soportadas por la coalición argumental entre los procesos de: recepción, asimilación y refiguración que coinciden en la generación de sentido, a

partir de los anclajes hermenéuticos sobrevenidos de la hibridez arquetípica. Aquí es posible una redefinición del acontecimiento en estructuras imaginales a transfigurarse en micro/macrosemiosis susceptibles de ser interpretadas a partir de la construcción/ deconstrucción del hecho narrativo como detonante de la significación, por su poder reconfigurativo y su acción simulatoria de mundos posibles, autonómicos, configurantes de 'realidades' arraigadas en las dimensiones imaginales.

Todo ello a referir proyectos enunciativos a convertirse en propuestas argumentales, tal es el caso de la hermenéutica simbólica como lente para comprender la realidad y su poder de penetración en las capas más profundas de la significación, bajo la apelación del símbolo a manera de mediador entre lo aparente y lo figurado, para la revelación de dimensiones ontosimbólicas a trascender la interpretación literal. Esta particular acepción hermenéutica, insiste en la subjetividad y la multiplicidad significativa para alentar sus interpretaciones

En cuanto a la reconfiguración atendida a los anclajes hermenéuticos de la simbolicidad, la hibridez arquetípica es una fuente de enriquecimiento significativo, al posibilitar la combinación de símbolos y elementos culturales para dar lugar a nuevos significados y sentidos. En tal circunstancia enunciativa, la fusión de arquetipos en una obra literaria, artística o cultural, crea un espacio enriquecido de referencialidades interconectadas y potenciadas condicionalmente a lógicas de sentido particulares, pero que logran superar las dimensiones locales, al ingresar a los procesos dialógicos de la conciencia cósmica para inquirir mediante claves cifradas, donde su desciframiento articula toda una acción metasemiótica para explorar dimensiones hasta entonces desconocidas.

De allí la analogía del símbolo con una cebolla y el desgajamiento de capas reveladoras de nuevas claves para la renovación significativa, el descubrimiento de renovados estratos simbólicos que revelan un enriquecido tejido argumental en constante evolución, para desafiar los encalles racio-objetivos, las cegueras ideológicas o los paradigmas academicistas sustentados en las visiones positivistas, cuantitativas y científicas. Para trascender de esta manera, la tangencialidad aparente e ir más allá de las interpretaciones superficiales de los acontecimientos, pues al indagar en las capas de la hibridez arquetípica, cabe la posibilidad de descubrir conexiones más profundas y reveladoras, a ampliar la comprensión del mundo desde el sujeto en sí mismo.

Esta singular forma de leer el mundo a través de particulares anclajes hermenéuticos, induce a pensar en el desarrollo de una profunda y significativa comprensión del acontecimiento a partir de los símbolos y arquetipos contenidos en las experiencias, culturas, la naturaleza y las relaciones humanas. De esta forma, la hermenéutica simbólica y sus posibilidades significativas fundamentadas en la hibridez arquetípica, muestra la capacidad transfigurante del lenguaje traducida por la vocación exploratoria de las estructuras imaginales sostenidas en la fusión simbólica, al ampliar perspectivas, universos significativos y visiones del mundo como maneras de comprender y comprenderse en complejos campos enunciativos, tal es el caso de las religiones, la literatura y las artes en general.

De allí la pertinencia de la ontosimbólica y el hallazgo de sentido a partir de las relaciones intra e intersubjetivas, en las cuales, la dimensión patémico-afectiva juega un papel primordial en el hallazgo de la multiplicidad de significados y la conexión con dimensiones más profundas de los acontecimientos refigurados. Lo que hace de la experiencia enunciativa una acción trascendente, orientada al desciframiento de claves transpuestas más allá de la literalidad. Ello implica la fusión de horizontes propuesta por Gadamer para superar barreras interpretativas y posibilitar nuevas propuestas argumentales al interactuar con otras dimensiones referenciales para expandir, enriquecer y refigurar a partir de la función metasemiótica implícita en la hibridez arquetípica.

Además de la simbolicidad a generar esta hibridez, es posible el reconocimiento de patrones recurrentes a establecer un productivo dialogismo dentro de la cadena significativa y, la incorporación de diversos elementos a coadyuvar en constitución de las estructuras imaginales, a convertirse en la reconfiguración de los acontecimientos de acuerdo con la esencia referencial, las localías imaginales, conexión arquetípica y la naturaleza afectivo-patémica universalizada por diferentes vías y a través de diversos instrumentos, que van a coincidir en la reflexión existencial encarnada por la imaginación y la creatividad.

En este aspecto, la concepción del eterno retorno induce a reflexionar sobre la repitencia infinita y sujeción a arquetipos fundacionales, como una forma de reconocerse y ser reconocido, además de representar la viabilidad del tránsito simbólico a modo de procedimiento reconstructivo sujeto a la variabilidad referencial soportada por el tiempo cósmico y la memoria arquetípica; procedimiento idóneo para adoptar posturas reflexivas en la interpretación de símbolos, en la cual, la riqueza y complejidad de los patrones, recursos evocativos, metáforas y conexiones significantes, establecen puntos de encuentro dentro de la dialéctica enunciativa.

Esta argumentación alrededor del reconocimiento, es una manera de posicionarse dentro de los planos enunciativos al momento de interactuar en determinadas circunstancias, lo que infiere una individuación del proceso interpretativo encarnado en la búsqueda continua y personal. Cada interpretante tendrá su propio acercamiento y experiencia en el develamiento de las claves simbólicas y los procedimientos textuales a utilizar para tal fin, con el indudable hallazgo de renovados significados en la relación sujeto-mundo.

Al mismo tiempo, hace de la experiencia simbólica una práctica de la cotidianidad y el estrechamiento de lazos comunitarios a acendrar las vinculaciones más allá del simple hecho comunicativo del símbolo, e insistir en las combinatorias y fusiones de diversos arquetipos, símbolos y perspectivas individuales, con los entornos a modo de microsemiosis a ir interactuando dentro de la macrosemiosis universalizante, como una forma de reconocer la simbolicidad a modo de potencialidad significativa a estructurar una hermenéutica de características excepcionales al momento de indagar en el complejo universo de los arquetipos, esas sinuosas dimensiones donde lo dicho es un constante replanteo argumental, a enriquecerse con cada inquisición interpretativa y el descubrimiento de renovadas oportunidades de significado.

En síntesis, la hermenéutica simbólica y las posibilidades significantes de la hibridez arquetípica, ofrecen un marco para explorar y comprender el mundo desde múltiples perspectivas, al distinguir la importancia de la interpretación profunda, la fusión de horizontes y la apertura a nuevas formas de pensar y sentir, como planos/contraplanos para leer el mundo bajo estrategias más conscientes de la riqueza y complejidad de la existencia humana y, de los múltiples capas de significado que subyacen en nuestra experiencia cotidiana.

Referencias bibliográficas:

- Bachelard, Gastón (1975) *La llama de una vela*, Caracas: Monte Ávila Editores.
- Cassirer, E. (1996), *Antropología filosófica*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Cassirer, Ernst. (1975). *Esencia y efecto del concepto de símbolo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Corbin Henry (1995) *Avicena y el relato visionario*. Barcelona: Paidós.
- Eliade Mircea (2001) *El mito del eterno retorno*, Buenos Aires: Emecé.
- Gadamer, Hans-Georg (1991) *La actualidad de lo bello*. España. Ediciones Paidós
- _____ (1998) “Hermenéutica clásica y hermenéutica filosófica“, en: *Verdad y Método II*, Salamanca: Ediciones Sígueme
- Magariños de Moretín, Juan (2007) “Significado y negatividad”, *Tópicos del seminario*, julio-diciembre, México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- _____ (2008) *La semiótica de los bordes. Apuntes de metodología semiótica*, Buenos Aires: Comunicarte Editorial.
- Ortiz-Osés, Andrés (2003) *Amor y sentido. Una hermenéutica simbólica*. Barcelona: Anthropos.
- Platón (2000) “El banquete” en *Diálogos III*, traducción de C. García Gual, M. Martínez Hernández y E. Lledo Íñigo, Madrid: Biblioteca Básica Gredos.
- Ricoeur Paul (2004) *Parcours de la reconnaissance. Trois études*, Paris: Éditions Stock.